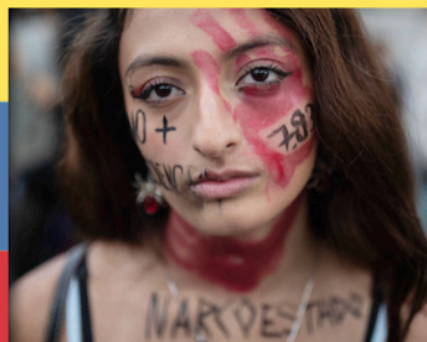




El triunfo de De la Espartero generó protestas en Colombia.

ANÁLISIS

LA INSEGURIDAD Y LA POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

GABRIEL GASPAR

Un flagelo recorre América Latina, es el flagelo de la inseguridad. Miles de pandilleros, "soldados" de los cárteles, diversas organizaciones criminales, con su séquito de sicarios, secuestradores, casas de pique y extorsionadores maltratan a millones de latinoamericanos.

¿Qué vinculación tiene este fenómeno con el acontecer político de nuestra región? ¿Cómo repercute en las preferencias electorales? ¿La criminalidad se queda en la base social? ¿O escala hacia copar posiciones de poder?

Las recientes elecciones en Perú y Colombia son muestra de lo anterior. En ambos países la inseguridad es uno de los temas de mayor preocupación de la población. Pero la violencia delictual no lo es todo, salvo excepciones. La mayoría de los países del continente no logran despegar con plenitud luego de la pandemia y su rebote en la economía. Buena parte de los trabajadores latinoamericanos viven en economías estancadas. No es el único factor, pero influye en el elevado nivel de informalidad que tiene el empleo regional (70% en Perú, 55% en Colombia). Incluso en paí-

EL AVANCE DEL CRIMEN

ORGANIZADO, LA

CRISIS ECONÓMICA Y

EL DESENCANTO CON

LAS ÉLITES ESTÁN

PONIENDO A PRUEBA LA

GOBERNABILIDAD DE LA

REGIÓN Y FACILITANDO

TRIUNFOS COMO LOS DE

FUJIMORI EN PERÚ Y DE LA

ESPRIELLA EN COLOMBIA



El candidato de la derecha, al emitir su voto, el domingo pasado.

ses que históricamente exhibieron buenas cifras, hoy tienen un 30% de informales. Son familias sin ingresos regulares, sin previsión, con precaria atención de salud, y la mayoría sin vivienda propia.

Sociedades además castigadas por niveles de gran desigualdad, agravada en algunas zonas por herencias culturales de fuerte racismo y clasismo. La necesidad de buscar mejores horizontes lleva a la inmigración a menudo ilegal, la novedad es que dejó de ser de sur a norte (todos a EU) y ahora tenemos un gran contingente migratorio de norte a sur, especialmente de venezolanos y colombianos rumbo al Cono Sur.

Si a una cotidianeidad difícil se le suma un día a día peligroso, es comprensible que la población demande al Estado que cumpla una de sus funciones básicas: proteger a sus ciudadanos. Como contrapartida lo que emerge desde todos los rincones de la sociedad es una demanda de orden y restablecimiento del imperio de la ley.

Por cierto, una respuesta exitosa requiere de una institucionalidad eficiente y profesional, algo que no abunda al sur del Río Bravo. La debilidad estatal se agrava con la falta de transparencia y con la corrupción. Añadamos el nepotismo y el uso clientelar del aparato público.

¿POLARIZACIÓN, OUTSIDERS O MIEDO?

Las elecciones peruanas y colombianas fueron extremadamente polarizadas, especialmente en su segunda vuelta. Este es un dato que vale la pena examinar, porque en Perú la primera vuelta no fue bipolar, Fujimori sacó un 17% y Sánchez un 12%. Esto se explica por una gran cantidad de candidaturas presidenciales: 35. La inmensa mayoría bordeó el 1%. Así, en la segunda vuelta el 70% de los ciudadanos peruanos votaron

por un candidato que no era su primera opción. ¿Qué motivó ese voto de segunda vuelta? Elegir entre dos grandes temores: por un lado, el temor al retorno a los tiempos del fujimorismo con su secuela de corrupción, violación de derechos humanos y persecución política. Por otro, el temor de muchos al recuerdo de Sendero Luminoso, con su violencia sectaria y sus atentados, el temor a “los terrucos”, como se les denomina en Perú. En suma, Keiko ganó con “votos prestados”, por escaso margen y con una mitad del país que no sólo la ve como una amenaza sino también como parte de un sistema que no incluye las preocupaciones de la población.

En las recientes elecciones colombianas, el proceso fue diferente. Dos candidatos obtuvieron cada uno más del 40% en primera vuelta. Abelardo de la Espriella obtuvo el 43% y lo siguió el centroizquierdista Iván Cepeda con un 40.9%. En segunda vuelta ganó De la Espriella con un 49.6% mientras que Cepeda llegó al 48.7%. En votos, la diferencia entre ambos se redujo de más de 700 mil votos en la primera vuelta a poco más de 200 mil en la segunda. Estamos hablando de un país de cerca de

50 millones de habitantes.

Tenemos más casos de “votos prestados” en el pasado reciente: el actual Presidente de Chile, José Antonio Kast, pasó en segundo lugar al balotaje con un 23% de los votos, y ganó en la segunda con un 58%. Algo similar ocurrió en las elecciones bolivianas de fines del año pasado. El triunfador, Rodrigo Paz, obtuvo un 32% en primera vuelta y ganó con casi un 55% en segunda. O sea, tanto Kast como Paz ganaron con “votos prestados”, que según los analistas electorales es un voto voluble, muy infiel, y extraordinariamente impaciente, que demanda soluciones a sus problemas con rapidez y eficacia. De lo contrario, se pasa rápidamente a la oposición. Hoy en Chile la mayoría de las encuestas de opinión pública coinciden en que Kast posee un poco más del 30% de adhesión y Paz acaba de superar una movilización que duró casi

dos meses que lo ha dejado muy debilitado.

Si la población vota en segunda vuelta por “el mal menor”, cabe preguntarse a qué teme. Hasta el momento es claro que la inseguridad es uno de los principales temores de las sociedades latinoamericanas. Otra preocupación prioritaria es la precaria situación de la economía: la inflación, el estancamiento, la falta de empleo, son parte de la cotidianeidad de millones de familias latinoamericanas.

En algunos procesos electorales esta preocupación se coloca en primer lugar. Fue el caso de las últimas elecciones argentinas y ello explica el fenómeno Milei, su peculiar estilo y el ubicar a “la casta” como la causante de todos los males. A su vez, la aguda crisis económica que sufrió Bolivia a finales del Gobierno de Arce Catacora, especialmente reflejada en la escasez de combustible, fue el telón de

fondo de sus últimas elecciones y del fin de los 20 años de hegemonía del Movimiento al Socialismo.

De más está decir que crisis económica mezclada con crisis de seguridad arroja un saldo demoledor, y si la corrupción campea, se entiende que la sociedad se ponga escéptica frente a sus élites y la institucionalidad.

Algunos análisis generalizantes hablan de “la teoría pendular”, reduciendo toda la política y la problemática social a definiciones ideológicas con un eventual rítmico vaivén electoral. Otros destacan el rol de los outsiders. El “péndulo” no resiste mucho análisis, pero la emergencia de figuras carismáticas sí, recordando a Max Weber.

Es difícil que una dirigente que lleva más de 30 años en política activa dirigiendo su partido, como Keiko Fujimori, se le pueda clasificar como outsider.



■ Keiko Fujimori asumirá como Presidenta de Perú el 28 de julio.

Si la población vota en segunda vuelta por “el mal menor”, cabe preguntarse a qué teme. Hasta el momento es claro que la inseguridad es uno de los principales temores de las sociedades latinoamericanas. Otra preocupación prioritaria es la precaria situación de la economía.

Pasa algo similar con Bukele, quien en su juventud militó en el Frente Farabundo Martí salvadoreño que lo postuló para una alcaldía menor primero y luego para la de San Salvador. Bukele puede generar muchas opiniones, pero no era un recién llegado a la política. Kast fue diputado por varios periodos, militante de la Unión Demócrata Independiente (partido de derecha fundado a finales del pinochetismo) del cual se separó, lo motejó de “derecha cobarde” y fundó el Partido Republicano chileno de ultraderecha. Rodrigo Paz es hijo del exilio de su padre, el ex Presidente Jaime Paz, fundador del MIR boliviano, educado en EU y Europa, que gana en segunda vuelta enfrentando al ultraliberal Jorge “Tuto” Quiroga. El Presidente Paz no pertenece a la ultraderecha ni es un outsider (fue autoridad local en su natal Tarija).

Otro es el caso de Jair Bolsonaro, ex capitán de Ejército y discreto diputado durante varios periodos, su discurso de orden y nacionalismo surgió como alternativa a la hegemonía del Partido de los Trabajadores de Lula y Dilma. Bolsonaro hoy está condenado por un intento golpista. Distinto es el caso de Milei, que salta de los programas de TV a la política con su discurso de anarcocapitalismo donde los enemigos serían la “casta”, “los chorros” (ladrones), un estilo comunicacional denostador de los adversarios y con la motosierra como política pública. En

ese sentido, De la Espriella, abogado penalista defensor desde ligados al paramilitarismo hasta testafieros de Maduro, que destapó su candidatura hace poco más de un año, semeja más a un Milei caribeño que le gustaría ser un Bukele andino.

¿GOBERNABILIDAD?

Se puede ganar por un voto, o por unos pocos miles en un universo de millones de electores. Pero gobernar con un país dividido en dos, con una dosis importante de “votos prestados” es un gran desafío.

En todo caso, destacamos que, con todos sus problemas, la democracia hasta el momento permite resolver la elección de los gobernantes en los países que hemos mencionado, no siempre ha sido así y eso es ya un mérito. Si el Mandatario electo logra tener una mayoría en su respectivo Congreso, hay bases más confiables de gobierno. Dependerá por cierto de la habilidad del Ejecutivo para conformar una coalición que le asegure mayoría legislativa, lo que incluye un gabinete que represente esa pluralidad. En concreto, que los “votantes prestados” tengan representación en el gobierno. De la Espriella tiene la posibilidad de darle forma a una coalición de partidos tradicionales; para

Fujimori será más difícil.

Si el nuevo Mandatario no logra conformar una mayoría legislativa, podemos asistir a un “presidencialismo de minorías” con una predecible confrontación y estancamiento.

Otro tema es cómo —aparte de las peleas de los políticos— reacciona la sociedad. Lo que podemos avizorar es que, en la mayoría de los casos, se trata de sociedades sin ninguna paciencia, que esperan soluciones rápidas a sus principales necesidades: mayor seguridad y mejores condiciones de vida.

EL HORIZONTE

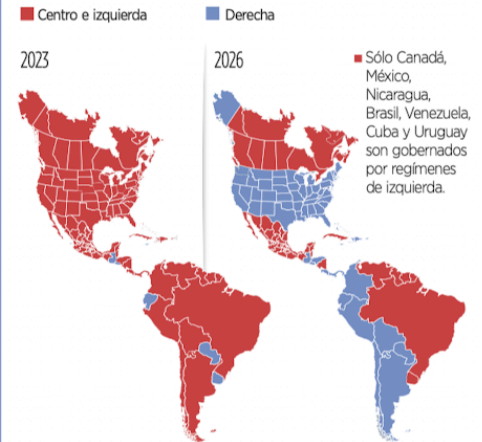
El ciclo político latinoamericano tendrá en octubre un episodio mayor: las elecciones brasileñas. El otro gran actor regional, México, tiene ante sí la gran tarea de capotear las cíclicas —y a veces erráticas— maniobras de su gran vecino. Agreguemos que el regreso sin gloria de su guerra en el Medio Oriente puede llevar a la Casa Blanca a reforzar su hegemonía en el continente después de su retiro de Ucrania e Irán. En el camino dejó contusa a Europa mientras China observa que, en este último caso, ganó una guerra sin combatir.

Para finalizar, asumiendo que en la vida no todo es política, debemos tomar nota que para buena parte del planeta la lucha de clases está suspendida por el señor fútbol. Pese a las triquiñuelas de la FIFA y sus cambios de reglamento, incluido cortar el ritmo de los partidos para las pausas publicitarias, el fútbol es uno de los principales soportes de la cohesión en muchos países.

Si Colombia logra un buen desempeño, se desatará la rumba y el nuevo gobierno tendrá asegurada una pausa en la polarización. En cuanto al Tri, sus triunfos provocarán un pachangón desde Los Ángeles hasta el último rincón continental donde lo esté mirando un guadalupano. Qué decir si Leo Messi lleva a Argentina a la cima, y el carnaval brasileño que desataría una nueva copa postergaría la campaña electoral. ■

VUELTA A LA DERECHA

En apenas tres años, las preferencias electorales dieron un giro a la derecha en los países de AL:





■ Abelardo de la Espriella, de 47 años, ha tenido una trayectoria como abogado y empresario.

EL ASCENSO DE 'EL TIGRE'

REFORMA / STAFF

Bogotá, una ciudad que suele despertar entre grises y lloviznas, se prepara para un cambio de piel.

En los escaparates de la exclusiva Zona Rosa ya no solo se ven las marcas de lujo europeas; ahora, el estilo que impera es el de un hombre que ha hecho de su imagen

ABELARDO DE LA ESPRIELLA PASÓ DE SER UN POLÉMICO ABOGADO Y EMPRESARIO A CONVERTIRSE EN EL NUEVO PRESIDENTE DE COLOMBIA. EL 'OUTSIDER' Y CATÓLICO CONVERSO PROMETE GOBERNAR CON MANO DURA Y TRANSFORMAR EL ESTADO.

su mayor mensaje político. Abelardo de la Espriella, el abogado que prefería cantar ópera en Miami y vestir mocasines Louis Vuitton de piel de cocodrilo, es hoy el Presidente electo de Colombia.

Con una cifra récord de casi 13 millones de votos, "El Tigre" ha logrado lo que parecía imposible: saltar de los estrados judiciales y el espectáculo mediático directamente al despacho más importante de la nación.

Para entender a De la Espriella, hay que imaginar una escena que parece extraída de una novela de suspense político: un hombre de 47 años, impecablemente peinado, con una barba recortada al milímetro y gafas de sol de diseñador, dirigiéndose a una multitud desde una cabina de cristal a prueba de balas.

Viste la camiseta amarilla de la selección colombiana de fútbol, pero sobre sus hombros carga la promesa de una "mano de hierro" que evoca a figuras como Nayib Bukele o Donald Trump.

Es el "outsider" que nunca ocupó un cargo público, el empresario que financió su propia aventura y el católico converso que asegura haber encontrado a Dios tras la muerte de un ser querido.

DE LAS LLANURAS A LOS TRIBUNALES

Abelardo no nació en la escasez. Aunque vio la luz en Bogotá en 1978, su espíritu se forjó en las ardientes tierras de Montería, en el Caribe.

Allí, entre el olor a ganado y el ritmo del vallenato, creció viendo a su padre, Abelardo de la Espriella Juris, intentar sin éxito alcanzar la gobernación de Córdoba. La frustración política del padre se convirtió en la ambición del hijo.

Desde pequeño, Abelardo



■ El ahora Presidente electo es apodado "El Tigre", lo cual utilizó en la campaña electoral.

entendió que la palabra era su mejor arma; recitaba discursos de memoria subido en taburetes y soñaba con la grandeza mientras trabajaba en radios locales.

Su carrera como abogado penalista fue meteórica y, para sus críticos, profundamente cuestionable. Se convirtió en el "abogado del diablo", aquel que no temía defender a los personajes más oscuros de la historia reciente de Colombia: desde jefes paramilitares hasta políticos acusados de corrupción, pasando por figuras tan polémicas como Alex Saab, el presunto testamento de Nicolás Maduro.

"La ética no tiene nada que ver con el derecho", llegó a decir en un arrebato de pragmatismo.

Para él, el juicio era un espectáculo donde la estrella debía ser el defensor, y su firma, De la Espriella Lawyers, se convirtió en una máquina de facturar millones de dólares.

DEVORÓ LA POLARIZACIÓN

La campaña que lo llevó a la victoria no fue una serie de debates aburridos, sino una producción de alto nivel.

De la Espriella cambió el derecho por el "show": drones, inteligencia artificial para crear videos de tigres rugiendo y una narrativa de "extrema coherencia" para combatir lo que él llama las "horas más oscuras" bajo el Gobierno saliente de Gustavo Petro.

Su discurso caló hondo en una ciudadanía fatigada por la inseguridad. Prometió megacárceles, fumigaciones masivas de cultivos de coca y bombardeos a embarcaciones de narcotraficantes.

"A quienes he declarado objetivo militar, los voy a acabar como unas cucarachas", sentenció durante la contienda.

Esta ferocidad, sumada a su cercanía con el Partido Republicano de los Estados Unidos y su admiración por la "motosierra" económica de Javier Milei, le otorgó el

respaldo de los sectores más conservadores, la reserva militar y el uribismo, que vio en él al heredero natural de la mano dura de Álvaro Uribe.

EL DANDI QUE NO PIDE DISCULPAS

Pero detrás del político radical, sigue existiendo el hombre que viaja en jet privado, que tiene residencias en Miami y Florencia, y que posee marcas propias de ron, vino y ropa de lujo.

Es un personaje contradictorio: un ciudadano estadounidense e italiano que ahora debe jurar lealtad absoluta a la bandera tricolor de Colombia.

Sus críticos lo tachan de machista y homófobo por sus comentarios despectivos hacia periodistas y opositores, pero sus seguidoras lo ven como un caballero que simplemente "no es políticamente correcto".

En su vida personal se muestra como un hombre de familia tradicional, casado con Ana Lucía Pineda y padre de cuatro hijos que lo acompañaron en cada mitin.

Ha pasado de ser un ateo confeso que decía que Dios era responsable de todo lo malo en el mundo a ser un defensor de los valores judeocristianos, asegurando que "la defensa de la causa cristiana es una prioridad".

EL RETO QUE VIENE

Hoy, la incertidumbre se mezcla con la esperanza en las calles de Bogotá.

De la Espriella ha prometido un "Plan Colombia 2.0" y un recorte drástico del Estado del 40 por ciento. Sin embargo, el "Tigre" ahora deberá enfrentarse a una jungla mucho más peligrosa que los tribunales: un Congreso fragmentado y una oposición liderada por la izquierda que ha jurado "desentrañar".

El 7 de agosto, Abelardo de la Espriella asumirá la Presidencia. El hombre que fue cuestionado por sus destructores, que le advirtieron "el hecho de que litigues no quiere decir que se vale cualquier herramienta para ganar" tendrá que demostrar si su estilo de autoridad y espectáculo es suficiente para gobernar un país de 53 millones de habitantes.

Colombia ha elegido a un dandi con mano de hierro, a un tigre que promete orden a cambio de una transformación radical del Estado.

Mientras tanto, el país observa, entre el café del domingo y el rugido de las noticias, cómo comienza esta nueva y desconocida etapa de su historia. ■